

TARDE XXXVII

EL FANATISMO

El fanatismo es locura.
Que en casos de religion
Propende á exageracion
En vez de suave cordura.
Si de lo exterior se cura,
Suele despreciar lo interno;
Duro siempre y nunca tierno,
Del cielo aleja al cristiano,
Y le lleva de la mano
Á las puertas del infierno.

Al siguiente dia los jóvenes, ansiosos por saber la continuacion de las aventuras de Mr. Delacour, le suplicaron anticipase la hora de ir al emparrado. Así lo hizo, y prosiguió en estos términos :

Fin de la historia de la Ermita de San Leonardo.

Al salir del convento me aconsejó el peregrino que fuese á casa de mi padre y aun quiso acompañarme él mismo, pues me aseguró tenia con él algunas relaciones, y confiaba aplacar su ira, si es que aun se hallaba enojado por mi mal proceder. Aunque mi resolucion de ir á la casa paterna estaba bien meditada, no pude ménos de temblar al ver aquellas praderas en que me habia

solazado en mi infancia, aquellos muros dentro de los cuales habia por primera vez abierto mis ojos á la luz.

El peregrino, que advirtió mi turbacion, procuró tranquilizarme; y apretándome la mano me dijo: Valor, hijo mio: no te turbes. Llegará un día en que debes comparecer delante de Dios para dar cuenta de tu vida: á tan formidable cuenta te has de preparar con un sincero y firme arrepentimiento: hoy vas á ver á tu padre despues de haberle ofendido; disponte á expiar tus culpas á sus piés, pues es para ti la imágen de Dios en la tierra: si obras como te digo, no te rechazará. Con esta exhortacion cobré ánimo, y llegámos á casa, donde hallámos á todos sumergidos en la mayor consternacion. Un criado nuevo que no me conocia, nos dijo llorando: Si tenéis que decir algo á mi señor, daos prisa, porque espirará dentro de muy poco tiempo. ¡ Padre mio! exclamé; y el criado repuso atónito: ¡ Su padre!

Mi compañero, disgustado por mi exclamacion, y temiendo que el criado subiese al cuarto de mi padre, y apresurase su muerte participándole sin la debida precaucion la vuelta de su hijo, le suplicó que nos acompañase, y no hablase ántes que nosotros. Convino en ello, y entrámos en el cuarto en que se hallaba el moribundo anciano. Habia mucha gente en la estancia, y quedé admirado de no ver á mi hermano mayor Saturnino. Todos los que rodeaban al enfermo me parecian desconocidos y dependientes de mi padre. Como yo tenia el rostro casi cubierto con un pañuelo, y la vista de mi padre estaba demasiado debilitada para distinguir los objetos, no reparó en mí. Hablaba, pero en voz muy baja; y parecia que estaba dictando su última voluntad á dos notarios que escribian sus palabras, sentados delante de una mesa. No era aquel instante propio para interrumpir al enfermo; y aunque yo deseaba arrojarme á sus brazos, me contenia el peregrino. Nos sentámos, y el moribundo continuó dictando así:

« En consecuencia, como mis dos hijos me han abandonado, » el menor por ingratitud, y el mayor por una loca pasion de » amor, que yo queria reprimir; y en fin, como mis cansados dias » han dependido solamente del cuidado de mis criados, que han » tenido conmigo atenciones que no he hallado en mis hijos, creo » que tengo derecho para desheredar á estos..... »

Aquí quise prorumpir en amargas quejas; mas el peregrino me hizo señas para que callase, y el anciano continuó:

« Por tanto, despues de apartado cuanto fuere bastante para » asegurar las pensiones que llevos señaladas á mis criados, dejo

» todo lo restante á la ermita de San Leonardo, cuyo virtuoso ermitaño, que se halla presente, me ha consolado en mi desamparo. »

No habia reparado en aquel bribon; mas cuando le nombró mi padre, recorrió la estancia con la vista, y al reconocerle no pude ménos de exclamar: ¡ Cómo! ¿ este infame recogerá tan pingüe herencia?

Á esta exclamacion se alborotaron los concurrentes; fijaron en mí los ojos, y me reconocieron dos criados antiguos de la casa. Él es, gritaron á un tiempo. — ¿ Pero quién decís que es? preguntó el pobre enfermo.

No me atreví á hablar; mas el peregrino se encargó de sacarme de mi confusion, y acercándose á la cama del doliente, le dijo: Delacour, ¿ puedes distinguir mis facciones? — Con trabajo... pero esa voz no me es desconocida. — Así lo creo, pues no me parece que te habrás olvidado de tu hermano Carlos. — ¡ Mi hermano! Nuevo asombro para mí; pues el peregrino era un tio de quien habia oido hablar mucho en mi infancia, pero á quien nunca habia visto porque vivia en país muy distante. El ermitaño, aturdido de ver presentarse tan de repente parientes que él no esperaba, ocultó su rostro entre las manos. Yo di mil tiernos abrazos á mi tio, que juntamente conmigo se acercó á la cama de mi padre, y continuó diciéndole: Hermano mio, si he permanecido tanto tiempo ausente de ti, si he tenido la desgracia de volver á tiempo en que parece que se abre el sepulcro para recibirte, ¿ tendré tambien la desventura de verte cometer la injusticia mas horrible? — ¿ Y cuál es esa injusticia? yo no tengo hijos. — Ignoro qué es de tu hijo mayor; pero todavía tienes otro que yo te traigo obediente, sumiso y arrepentido. — ¿ Qué dices?... ¿ cómo?... ¿ Carlos? — Sí; Carlos tu hijo menor, á quien yo vi nacer; y acuérdate de que fui su padrino, y le puse mi propio nombre: este Carlos está aquí conmigo: él es el que en este momento besa respetuosamente tus manos, te inunda con sus lágrimas, y espera que tendrás la bondad de perdonarle. — ¡ Oh hermano mio!... ¿ pero qué ha hecho ese muchacho hasta ahora? ¿ por qué ha estado tanto tiempo ausente y sin escribirme? — Sus remordimientos, su dolor, y la persuasion en que estaba de haber perdido para siempre la ternura de su padre; todo esto le habia determinado á vivir en un religioso retiro; y por causas que no refiero ahora por no molestarte, ha permanecido en la ermita de San Leonardo, sirviendo á ese hipócrita que tienes á tu lado, el

cual sin el menor escrúpulo le despojaba de sus bienes. — No es posible que eso sea verdad : mas de dos años hace que todas las semanas viene el hermano Lucas á consolarme, y nunca me ha hablado de semejante cosa. — ¡ Infame ! — Antes bien me ha asegurado que en cierta ocasion le vió pasar asociado con una tropa de facinerosos ; y que despues, indagando noticias, supo que este hijo se habia entregado á los vicios mas detestables, y era el oprobio de su familia. — ¡ Habrá igual maldad ! ¿ por qué calláis ahora, hermano Lucas ? ¿ tendréis atrevimiento para negar que este jóven os ha estado sirviendo en la ermita ?

Quedó el ermitano confundido por algunos instantes ; todos los concurrentes, clavando en él los ojos, esperaban ansiosos que confesase la verdad del caso ; pero él, reponiéndose un poco, dijo : No entiendo nada de lo que se habla ; esa novela parece bien inventada, pero sobre mi conciencia puedo atestiguar que hoy es la primera vez que veo á este jóven. Mucho me irritó el oírle explicarse de aquel modo, pero mi tio, indignado de tan atroz descaro, le asió del brazo y sacudiéndosele fuertemente, le dijo : ¡ Malvado ! por todas partes te perseguiré ; mi mano será la que acabe con tu detestable vida.

El ermitano, naturalmente cobarde, quiso salir del cuarto ; pero no se lo permitió mi tio, ni uno de los notarios, que mirándome y mirándole, exclamó : ¡ Hé aquí el hombre mas pérfido de cuantos existen en el universo ! Mas de veinte veces he visitado la ermita, y siempre he visto en ella á este jóven con el mismo vestido que ahora tiene. No pudo sostener mas tiempo su embuste el ermitano : y viéndose convencido se puso de rodillas, pidiendo perdon, despues de haber confesado la verdad. Mi padre, que miraba las cosas como quien está para espirar, dijo que le despidiesen sin hacerle daño, y apénas el pícaro oyó esta expresion, cuando levantándose de la humilde postura en que estaba, corrió hácia la puerta ; pero no salió tan pronto que no le alcanzase un terrible puntapié que le dió mi tio, con que le ayudó á salir, cargado de mil imprecaciones que le dijeron todos los concurrentes. Luego que se fué el ermitano, mi padre, que no acababa de volver de su sorpresa, exclamó por fin : ¡ Carlos ! ¿ dónde estás ? ven á los brazos de tu padre, que te vuelve toda su ternura. — ¡ Ah, padre mio !

Abracé estrechamente á mi padre, le hice cuantas caricias caben en semejante situacion ; y despues de mil tiernas expresiones, el buen anciano, habiendo hecho romper su primer testamento,

dictó otro enteramente en mi favor, pero exigí que en él se insertase la cláusula de que en caso de que pareciese mi hermano, tendria yo la obligacion de entregarle la mitad de la herencia.

Aquella misma tarde tuve el dolor de ver espirar á mi padre entre mis brazos ; y al dia siguiente mi tio, dejando el traje de peregrino, y vistiéndose conforme á sus facultades y clase se tomó el trabajo de arreglar mis asuntos, y lo hizo con el mayor esmero. Nunca se habia casado ; y el hábito de peregrino era consecuencia de una promesa que habia hecho de visitar un santuario muy distante si salia de una grave enfermedad. Me hizo mil favores y beneficios, y me prometió que sería su heredero. Algunos dias despues, por medio de documentos auténticos que nos remitieron, supimos que mi hermano ya no existia. Habia dejado la casa de mi padre llevándose una jóven, con la cual viajó algun tiempo ; pero habiéndose encontrado con un hermano de su querida, salieron desafiados, y Saturnino quedó muerto en el campo de batalla. En consecuencia fui dueño absoluto de la herencia. Me hallaba rico ; pero no tranquilo, porque no podia apartar de mi memoria á mi hermosa desconocida y los subterráneos que, segun habia oido, tenian comunicacion con la ermita de San Leonardo. Luego que estuvieron arregladas todas mis cosas, hablé á mi tio de mis amores y de mi proyecto de buscar por todas partes á la que amaba. Mi tio, que por lo mucho que me queria nunca se oponia á mis deseos, prometió acompañarme : y con su auxilio dispuse el plan que oiréis para registrar la ermita, que estaba al cuidado de nuestro mayor enemigo.

Miéntas fui sacristan, nunca pude ver lo que deseaba ni descubrir los secretos del ermitano. ¿ Cómo me habia de manejar ahora ? Entre mis criados habia uno muy astuto, llamado Frontin, y de él eché mano para mi proyecto : le di seguras señas de la posada del pueblo adonde el ermitano iba todos los dias, y en la cual reunia sus provisiones, y le dije : De dos en dos dias, acostumbra el picaron llevar á la ermita un cántaro lleno de vino : llevarás estos polvos narcóticos ; iras á la posada, y con el mayor disimulo, valiéndote de cuantos medios te sugiera tu agudeza, los mezclarás con el vino.

Frontin hizo exactamente lo que yo le habia mandado, y volvió corriendo á darme cuenta del buen desempeño de su comision. Mi tio y yo que esperábamos impacientes no léjos de la ermita, apénas habia trascurrido una hora, vimos pasar al ermitano tan cargado como siempre. Como estaba solo, pues aun no habia tomado

quien le ayudase, temíamos que al entrar cerrase la puerta, bien para almorzar, ó para descansar sin cuidado; por esto, tan luego como abrió, nos encaminámos á la ermita, entrámos tras él y nos pusimos de rodillas en un rincón de la capilla. Nos miró, y recibíámos que nos conociese; pero no fué así, gracias á lo bien disfrazados que íbamos; y se entró en la sacristía con sus provisiones. Como yo sabía que apénas volvía de sus expediciones, acostumbraba almorzar y echar cuatro tragos de vino, fué preciso esperar todo el tiempo que nos pareció prudente para que el soporífero hiciese su efecto. Despues nos aproximámos á la puerta de la sacristía, y por una rejilla que habia en medio de ella para observar desde dentro la ermita, y que habia dejado sin cerrar, vimos que no se hallaba allí el ermitaño. Hé aquí, dije, lo que sucedió con mi amada: desapareció de este sitio, y estoy tan seguro de que no salió, como ahora de que está escondido este pícaro, aunque no sé en qué paraje. Sin duda hay aquí alguna puerta oculta: ¿y dónde? estas paredes son de mampostería en toda su extensión. ¿Si nos conocería y habrá saltado por aquella ventanilla? pero además de ser muy estrecha, cae sobre el Loira que baña las paredes de este edificio; y ciertamente el ermitaño no querría ahogarse por huir de nosotros.

No tardámos mucho en salir de dudas, pues á breve rato vimos que se levantaba la tarima que servía de cama al ermitaño, luego asomarse una cabeza, y despues todo el cuerpo del hermano Lucas con el cántaro en una mano. Nos retirámos para que no reparase en nosotros, y nos colocámos otra vez en el mismo lugar en que nos dejó. Á pocos minutos salió de la sacristía, y sin advertir que nosotros estábamos en la ermita, cerró las puertas y se tendió sobre el banco mas inmediato á ellas. Entónces conocimos nosotros que ya no podía dar un paso mas, y que el narcótico obraba con toda su fuerza, gracias á los buenos tragos que habria echado segun costumbre.

Se habian cumplido nuestros deseos, pues el ermitaño roncaba fuertemente, no nos estorbaba, y conocíamos el secreto de la trampa; ¿pero nos aventuraríamos á registrar aquellos subterráneos? ¿estarian seguras nuestras vidas? Verdad es que estábamos bien armados; ¿pero podíamos adivinar lo que se encerraba en aquella oscura habitacion? Mi tío hizo estas reflexiones, y su ánimo se hallaba vacilante; pero yo que era vivo, impetuoso, y sobre todo emprendedor, le animé haciéndole ver que no podíamos encontrar allí ladrones ni gente alguna temible, pues en el

espacio de tres años que yo habia vivido en la ermita, nunca vi cosa que pudiese inspirar desconfianza, y mucho ménos espanto. En fin, para no omitir precaucion alguna, saqué dos faroles que yo sabía estaban en cierto cajoncito; los preparé y encendí en la lámpara que ardia ante el altar; di uno á mi tío, me quedé con el otro; y sin detenerme á más, levanté la tarima y descendí el primero. Mi tío me seguía con la luz en la mano, y en la otra una pistola. Bajámos una escalera de caracol, y al fin de ella encontrámos una reja que nos cerraba el paso. ¡Qué contratiempo! Repentinamente me acordé de que el ermitaño llevaba dos ó tres llaves colgadas en el cordón de su hábito; subí, y me apoderé de ellas; abrí la reja, y nos hallámos en un vasto subterráneo iluminado con una lámpara. Tomámos la dirección á la derecha, y fuimos á parar á una especie de capilla donde ardian seis lámparas. En medio se veía un magnífico sepulcro con una estatua de mármol blanco, que representaba un jóven armado, y en el pedestal la siguiente inscripcion:

Aquí perció, á manos de bandidos, el jóven Leonardo, conde de Asfeld. No está aquí su cuerpo; pero se han depositado en este cenotafio algunas piedras teñidas con su sangre. Los que llegareis á este sitio rogad á Dios por el alma del amable jóven, que fué constante y desdichado.

Cumplimos con el encargo prevenido en la inscripcion, y continuámos nuestra pesquisa. Eran inmensos estos subterráneos, y habíamos caminado por ellos largo rato sin descubrir á nadie, hasta que al fin nos hallámos en un salón con varias celdillas ó alcobas á lo largo de él, y allí con grande admiracion nuestra vimos siete ú ocho mujeres dormidas al rededor de una mesa llena de los restos de un abundante almuerzo. Nos pareció que el sueño de ellas sería sin duda efecto del mismo narcótico que habia entorpecido al ermitaño. En tanto que mi tío estaba inmóvil contemplando aquel espectáculo, la curiosidad, tan natural en mi edad, me habia obligado á acercarme á aquellas mujeres y examinar á todas con mi farol. Entre ellas estaba la vieja tía de la que yo amaba, y la sobrina junto á ella, durmiendo del mismo modo que las demas.

Aquí está, exclamé; aquí está, tío, la que busco. — Calla, imprudente: ¿quién dices que está ahí? — La que amo y amaré mientras viva: no perdamos ni un momento: manos á la obra. — ¿Qué quieres hacer? — Llevarla conmigo, y sustraerla á sus perseguidores. — Reflexiona primero. ¿Piensas que?... — ¡Ah

señor ! permitid que os recuerde el billete que me escribió la primera vez que tuve la dicha de verla. En él me decía que, si podía, la arrancase del poder de una tia que queria sacrificarla. La ocasion, pues, es favorable; saquémosla de este sitio, en que sin duda ejerce el fanatismo máximas detestables. Ayudadme, por Dios ; conozco el efecto de los polvos y tenemos bastante tiempo para trasportarla de este sitio, sin que el ermitaño ni otro alguno nos lo impida. Mi tio vacilaba : me hacia mil reflexiones pero al cabo triunfó el cariño que me tenia, y cedió á mis instancias. Atámos las luces á nuestros sombreros : la cogimos como mejor nos fué posible, y escapámos con ella ; pero por desgracia no acertábamos á salir del subterráneo. Fué preciso soltar la carga y recorrer aquellos lugares para buscar la salida. Luego que la encontrámos, volvimos porla hermosa dormida, que despertó al tiempo de llegar nosotros para volver á tomarla en nuestros brazos : miró como espantada al rededor de sí ; reparó en nosotros, y dió un terrible grito que nos hizo estremecer. Yo me postré á sus piés, y en voz baja le dije : Señorita, reconoced á un hombre que tiernamente os ama, y fiaos de su respeto, pues su intencion no es otra que la de libertaros.

Ella me miró, y aunque no me contestó, la alegría que mostraba en su rostro indicaba que me habia conocido. Mi tio se acercó, le dijo quién era ; y sin detenerse, ni resistirse ella, la cogió del brazo, y la condujo al pié de la escalera que habíamos descubierto. Subimos por ella, y fuimos á parar á una puerta de madera ; acudí á las llaves, y á la segunda que apliqué á la cerradura abrí la puertecilla, que justamente era la que daba á la capilla. Todavía estaba en ella el ermitaño dormido, por lo cual sin el menor obstáculo pasámos y salimos al campo. Nos apresurámos á llegar al sitio en que habíamos dejado á mi criado ; tomámos los caballos, y por la noche llegámos felizmente á mi casa. Hasta entonces la señorita nada nos habia preguntado ; y asustada tal vez de la imprudencia que creia cometer, apénas se atrevia á mirarnos y solo nos contestaba cuando la dirigámos algunas palabras ; pero luego que vió la opulencia y tono de nuestra casa (digo nuestra, porque mi tio vivia conmigo) se tranquilizó, y con las mas finas expresiones nos dió las gracias por el favor que la habíamos hecho. Le participámos el ardid de que nos habíamos valido para libertarla ; ella lo aplaudió, y nos aseguró que solo algunas gotas de aquel vino, echadas en un vaso de agua, habian sido suficientes para adormecerla tan profundamente ; por lo que

juzgaba que su tia y las demas mujeres no despertarian en dos ó tres dias.

Mi tia, nos dijo, queria sacrificarme por lo que algun dia sabréis ; y buscaba un sitio de reclusion y austeridad para acabar en él sus dias y los míos. No me participó su resolucion hasta pasar á Francia desde Inglaterra, de donde somos naturales ; y por la relacion que os haré de mi historia, conoceréis que yo dependia absolutamente de ella. En un pueblo de estas inmediaciones, en donde se detuvo por una leve indisposicion, habló con una mujer de alguna edad que la dió noticia de la ermita de San Leonardo. En consecuencia, apénas se vió restablecida, dirigimos nuestro viaje á la ermita. Lo que habló en secreto con aquel bribon, no lo sé ; pero sí que este y aquella me hicieron bajar al subterráneo, donde me intimaron la sentencia de que no volveria a ver la luz del sol. Lo que allí pasa no lo puedo declarar, tanto por respeto á la religion como á la decencia ; pero baste decirnos que la doctrina de aquel malvado tiene tan obcecadas á aquellas infelices, que por todos los tesoros del mundo no querrian salir de la caverna ; ni el ermitaño se lo consentiria, porque no se descubriesen sus infamias. Imposible me hubiera sido recobrar mi libertad á no ser por vuestra diligencia ; y pues habéis empezado á favorecerme, os suplico continuéis amparándome en esta casa. Los cuidados domésticos me son familiares ; sé cuanto debe saber una mujer casera, sin serme desconocidas algunas habilidades de puro adorno ; no tengo padres, amigos ni parientes ; vosotros lo seréis todo para mí, y os amaré lo mismo que he amado al hombre desgraciado que me dió el ser.

Dicho esto, la hermosísima inglesa se apoderó de la mano de mi tio, inundándola con sus lágrimas ; y este quedó tan enternecido, que la abrazó estrechamente prometiéndola seguridad, proteccion y comodidades. Yo la destiné criadas que la sirviesen, la señalé por suya la habitacion de mi padre, y la dejámos para que descansase cuanto quisiera.

Cuando mi tio se vió solo conmigo, me preguntó cuáles eran mis intenciones ; y sin detenerme le respondí que mi designio era casarme con aquella mujer. No mostró repugnancia á este enlace, pero exigió que primeramente nos informásemos de su clase y nacimiento, á fin de examinar si, como lo parecia, era digna de nuestra alianza. Parecióme muy justo este modo de pensar : dejámos que la extranjera descansase algunos dias ; y cuando ya creimos que nos concederia su confianza, por estar asegurada de

la nuestra, la suplicámos que nos contase su historia, lo que prometió hacer. Durante este intervalo supimos que el hermano Lucas no estaba ya en su ermita, porque la justicia, noticiosa de la falta de algunas mujeres que desaparecian de entre sus familias, procuró indigar la causa; y al fin, por sospechas, trató de hacer un registro en la ermita. Cabalmente le hizo en la tarde del mismo dia en que nosotros sacámos á la inglesa del subterráneo, con cuyo motivo lo halló todo manifesto, y dió con el ermitaño y las mujeres en la cárcel, donde la tía de nuestra inglesa murió de susto. Las demas fueron castigadas como convenia; pero el ermitaño seguia preso, porque era preciso hacer muchas averiguaciones importantes, y aun se decia que saldria para la horca.

La sobrina lloró la muerte de su tía, á pesar de sus violencias. Despues nos contó su historia, que escribí yo en algunos ratos de ocio. Aquí tengo el manuscrito; pero ya es tarde. Mañana la leeremos, y en ella encontraréis excelentes lecciones de amor filial y de sumision.



EL RENCOR